

Mohamed, más contento que nunca, besa y abraza a sus hijos. Nunca hasta entonces les había visto tal como eran, sino como una masa indiferenciada.

Mujer e hijos para él venían a ser lo mismo, un deber, una obligación que desde niño sabía que tendría que asumir tarde o temprano.

Se había cargado con ello como si se tratara de un fardo cuando en realidad podía resultar verdaderamente gratificante, como en aquel momento.

A su mujer le contó que había tenido que salir urgentemente por cuestión de negocios, y ella le creyó.

Sin duda era una santa.

Llegaba tarde a trabajar por su culpa, pero tampoco le importaba.

No temía ser despedida.

Según ella el sueldo no merecía excesivos desvelos, pues era miserable.

También le había dicho que el dinero no valía nada en comparación con la felicidad propia y de aquellos a quienes amaba, y que si trabajaba era para valorarlos más cuando llegaba a casa.

Ella opinaba que la patronal debería suponer a la hora de rebajar los salarios, tal como venía haciendo con la connivencia de los sindicatos, que los trabajadores también tendrían derecho a incumplir sus deberes.

¡Qué maravilla de mujer!

Aún así se levantaba todos los días a las siete de la mañana.

Sin duda eso significaba que le quería de verdad, y que no pretendía ser mantenida en contrapartida por hacer el amor.

Daba gusto vivir al lado de una mujer así, siempre contenta y agradecida por todo.

Eso, además del suceso de aquella noche, le hacía desear romper con el pasado, con su familia marroquí y con su religión.

¿Es que Alá podía llegar a ser más grande que el corazón de una mujer generosa?

Todo ese rechazo hacia las mujeres que había experimentado desde la adolescencia por razón de su cultura, se había esfumado al descubrir lo que ellas estaban condenadas a recibir de los hombres.

Esa noche había descubierto la verdad con mayúsculas, lo que implicaba el sexo de los machos desde el punto de vista de las féminas.

Un horror, vamos.

El sexo, visto desde el lado pasivo, resultaba abominable.

Tanto era así que cuando se acababa, suponía un alivio tan grande que uno se sentía en el séptimo cielo.

Y lo peor era que el Islam potenciaba la violencia sexual como arma de dominación. Aunque al principio había llorado como un niño al sentirse golpeado y sodomizado, al menos así había aprendido a ponerse en el lugar del otro con mayúsculas para un varón.

Había comprendido lo triste que debe resultar para ellas el sentirse constantemente doblegadas y degradadas en razón de sus órganos genitales.

A partir de ahora dejaría de verlas como un culo y unas tetas que agarrar, y comenzaría a mirarlas a los ojos, como hacía con los que consideraba sus iguales.

Se diría que había recuperado la inocencia de la infancia y renacido de una madre digna de amor y respeto, como lo era su mujer española.

Por eso se sentía tan feliz y tan cercano a sus tres hijos.

Incluso a la mayor, de ocho años, a la que nunca se había atrevido a tomar en sus brazos ni cuando era un bebé, ahora la abraza y la besa sin temor a su supuesta naturaleza impura.